

Los Libros

EN EL VIEJO ALMENDRAL, novela por *Joaquín Edwards Bello*;
Editorial Orbe, Santiago.

«En el viejo Almendral»... «Valparaíso, la ciudad del viento»... Dos títulos distintos—y un solo libro no más—que anuncian de antemano la índole de la novela. Indole objetiva, informativa, abundantísima, que hace de esta novela de Joaquín Edwards Bello, más bien una gran crónica biográfica.

¡Cuánta más expresión dramática y sugestiva habría tenido a nuestro parecer, la primitiva versión de esta obra, si el autor la hubiese titulado sencillamente: «Ciudad del viento»! ¡Y cuánto más dramatismo y esencia de realidad y de novela verdadera, este reciente de «En el viejo Almendral», si en vez de yuxtaponerle capítulos y más capítulos, y emperifollarlo de nuevos episodios y antiguos atavíos, el autor le hubiese dado al fin, y le hubiese buscado y encontrado, a través de sus exuberantes recuerdos, el «alma», a esa ciudad del viento, tal como le encontró el nombre! Porque hay demasiada información, demasiada abundancia de ambiente en sus páginas—no sólo un ambiente, indivisible e invariable—y demasiados hechos anecdóticos, en vez de un solo hecho vertebral, para darnos una sensación única e imperecedera.

Joaquín Edwards Bello vivió y conoció el viejo Valparaíso céntrico y burgués, y nos habla de él desde el centro de sus recuerdos. Pero no lo conoció acaso, en ese entonces, lo bastante para la visión íntegra del objeto actual: no conoció sus «altos»

barrios bajos, ni sus alrededores. No miró ni abarcó con el pensamiento y el sentimiento el panorama porteño desde afuera; desde lo alto del Mirador de O'Higgins, por ejemplo; o desde los fronteros cerros de Concón; o desde los bajos de Campiche; o desde la lejana Silla del Gobernador. O desde más lejos aún. No miró el verdadero «Puerto»; el Puerto por antonomasia, de la imaginación popular; no sintió en lo hondo de sus sentidos el prestigio y el sortilegio de ese Puerto, en aquellos tiempos tan mentado, tan lleno de sugerencias, que los nortes y los sures desparramaban como un unguento por distantes y cercanas tierras. No escuchó ni sintió en todo su calor la pulsación de vida «desde afuera», ni desde adentro; el íntimo intrincamiento de sus callejas torcidas y de sus pasajes, humeantes a sudor de cargadores y a fritangas; ni el muelle subir embelesado de los ascensores en el cielo de la bahía; ni el mugir tremebundo de la Boya del Buey en los clásicos temporales de Valparaíso; ni el romancear fantasioso de fleteros y vaporinos que salían a asolearse, como lobos de mar, a la Plaza Eckaurren; ni los extrañados secretos familiares o policíacos del Cerro Cordillera, o del Cerro Mariposa o del Cerro de los Lecheros; ni tantas cosas. No vió bien ni conoció bien el rostro típico, yodado y quebrado de arrugas y malicias del alma popular; ni aspiró a pulmón abierto los aromas salobres de aventuras y odiseas oceánicas que remolinaban por sobre el nidal de rocas y cerros de nuestro Puerto. El Valparaíso de «En el viejo Almendral», de Edwards Bello, tiene una fisonomía burguesa, sonrosada de jabones y olorosa a Agua de Colonia. A excepción de Perpetua.

Esa Perpetua, que mira, y siente, y sabe callar...; y que sostiene hasta lo último el hilo simple de la trama. Es el personaje más novelesco, o novelado, del libro. No es que los demás personajes no estén bien logrados; lo están; pero dentro del espíritu y propósitos del autor, espontáneamente reacio a pacienzuda observación. Todos novedosos, ágiles, chispeantes, discontinuos, van sucediéndose y empinándose sobre las páginas

sin alcanzar cada cual la meta final de una impresión definitiva. Lo mismo que en el ambiente. ¿Fué esto lo que intrascendentemente quiso hacer el autor?

Admiramos al autor de «En el viejo Almendral», y de tantos otros libros y novelas. Su obra toda, premiada recientemente con el Premio Nacional de Literatura, tiene características multiformes, e interpreta y quizá afirma a su modo el inestable sentido criollo de nuestra época. De un naturalismo espontáneo y personalísima, y de un estilo vívido y valiente, en el que rebrilla a cada paso el sentido gráfico de la observación, afronta con la misma fácil seguridad los escollos profundos de la novelística pura y los escollos esquivos del periodismo profesional. Este «En el viejo Almendral» reúne y mezcla las calidades y cualidades específicas—notables—de lo uno y de lo otro.—G. KOENENKAMPF.



EL LITRE, por el Dr. *Alejandro Reyes*. Zig-Zag

Ciertamente, hablar, dejar que nuestras opiniones modestas cubran las páginas en blanco, es tarea, si no arriesgada, por lo menos movediza, cuando se trata de un libro cuyo contenido, como el que nos ocupa, es materia más viviente para especialistas, técnicos, en suma profesores. Porque casi siempre esas opiniones serán supuestas como infundadas, sabiendo que quien las escribe no tiene suficiente autoridad como para emitir las, puesto que empezaría su desequilibrio por la base...

Todo esto es muy cierto. Pero tratándose del libro del doctor Alejandro Reyes, este argumento se diluye un tanto, se vuelve borroso, quedando siempre en existencia, pero bajo otros matices, dando margen a opiniones que, precisamente, no son ni lo agrio ni lo dulce... En verdad, lo expositivo del libro del doctor Reyes hace que su lectura llegue perfectamente al lector profano. Más aun, que después de ella consiga hacer